

M^a Ángeles Almacellas

NO CREO PERO BUSCO LA VERDAD

Tras las huellas de Teresa de Jesús

Epílogo de Alfonso López Quintás



Desclée De Brouwer

M^a Ángeles Almacellas

No creo,
pero busco la verdad
Tras las huellas de Teresa de Jesús

Epílogo de Alfonso López Quintás

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2021

© M^a Ángeles Almacellas, 2021

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2021

Henao, 6 – 48009 Bilbao

www.edesclee.com

info@edesclee.com

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3160-0

Depósito Legal: BI-01740-2021

Impresión: Grafo S.A. - Basauri

Índice

Siglas	15
Introducción.	
Teresa de Jesús, una luz para nuestro tiempo	17
El oscurecimiento de Dios	17
Rechazo de Dios y nostalgia de trascendencia.	18
El diálogo con el no creyente en el proceso de evangelización.	22
Teresa de Jesús, luz para el hombre de hoy	23
El porqué de esta reflexión	24
I. Tratar de amistad.	
Tratado de los cuatro grados de oración (Vida 11-21).....	27
A modo de preámbulo	27
¿Quién fue Teresa de Jesús?	27
Una mujer de su tiempo, escritora autodidacta	32
El “tratado”, un opúsculo dentro de Vida	35
El <i>Libro de la Vida</i> , el marco del “tratado”.	37
El tratado, una experiencia de oración	43
La oración en Teresa: un encuentro entre amigos ...	44
Estructura del tratado.	46
Estilo del tratado: narrativo y doctrinal.	49
Avisos y consignas previos	50
Simbología del huerto.	53

1. Primer grado de oración: Oración mental	58
La oración de primer grado	59
Actitudes del orante	64
Cómo hacer oración de primer grado	69
Avisos de tentaciones	73
Necesidad de un buen maestro	76
La oración, ámbito de conversión	77
Pecado del hombre y misericordia de Dios	80
Síntesis de las enseñanzas sobre el primer grado de oración	85
2. Segundo grado de oración: Oración de quietud	88
La oración de segundo grado	88
Consignas al orante	100
Síntesis de las enseñanzas sobre el segundo grado de oración	103
3. Tercer grado de oración: sueño de las potencias	105
La oración de tercer grado	105
Efectos en la vida del orante	114
Síntesis de las enseñanzas sobre el tercer grado de oración	116
4. Cuarto grado de oración: oración de unión	118
La oración de cuarto grado	118
Efectos en la vida del orante	127
Avisos de peligros y recomendaciones	129
Síntesis de las enseñanzas sobre el cuarto grado de oración	131
II. La riqueza del encuentro.	
La oración de Teresa para el hombre de hoy	133
La oración, ámbito de encuentro	133
Religión a la carta	137
Un hombre de hoy	139

III. Oración para los que no creen	
Un encuentro para tratar de amistad.	147
Un encuentro para tratar de amistad.	147
Cuándo orar	148
Dónde orar	149
Cómo orar – Pequeña guía para iniciarnos en la oración.	149
A modo de conclusión.	154
Epílogo	157
Importancia de la categoría de relación.	158
Necesidad de crecer como personas a través de experiencias reversibles.	159
El encuentro y su papel decisivo en nuestro proceso de crecimiento	163
El cultivo del amor oblativo	164
Dificultades a resolver con ayuda de la mirada profunda.	165
1. Podemos coordinar la libertad y la obediencia . . .	165
2. Unas frases evangélicas aparentemente enigmáticas	167
3. ¿Podemos ser libres ante algo que nos supera? . . .	169
4. ¿Es posible unirnos con el todopoderoso?	170
5. ¿Conservamos nuestra dignidad al depender de algo muy valioso?	172
6. Cómo interiorizar el deber	173
7. El momento decisivo para nuestra formación	175
8. El sentido de expresiones y conceptos relativos . . a la vida de oración	178
La autora y su labor	179

Siglas

de las obras de santa Teresa de Jesús*

V	Libro de la vida
C	Camino de perfección
M	Moradas o Castillo interior
Fund	Fundaciones
Rel	Relaciones (Cuentas de conciencia)
CAD	Conceptos del Amor de Dios
Exc	Exclamaciones
Const.	Constituciones

- * Todas las citas de santa Teresa en este trabajo están tomadas de:
Santa Teresa, Obras Completas, Preparación, introducción y notas de Tomás Álvarez, OCD, 15ª edición, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2009, y
Cartas, Preparación, introducción y notas de Tomás Álvarez, OCD, 4ª edición, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2014.
Excepcionalmente, las citas correspondientes al manuscrito de El Escorial del *Camino de perfección* están tomadas de la edición facsímil, con presentación y transcripción paleográfica de Tomás Álvarez, Patrimonio Nacional y Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2010.

Introducción

Teresa de Jesús, una luz para nuestro tiempo

El oscurecimiento de Dios

Actualmente, en nuestro mundo, hay millones de personas creyentes, pero la cultura oficial y la organización de la sociedad se mueven al margen de Dios. Los avances en la técnica y la tupida red de comunicaciones que conecta prácticamente todos los rincones del planeta han creado una conciencia de autosuficiencia en el hombre¹. Este se siente con total señorío sobre su entorno y capaz de alcanzar cada día mayores cotas de control y poder. Como consecuencia de esta mentalidad, los canales de difusión del pensamiento están impregnados de un rechazo a la idea de trascendencia. El hombre se considera el centro, la medida, el artífice y el dueño de todas las cosas. El ser humano es tan inmensamente poderoso que no solo no necesita a Dios, sino que hasta lo siente como una rémora para su libertad de extender hasta el infinito todas sus potenciales posibilidades de dominio.

Pero la cruda realidad es que la “ley del eterno progreso” (saber más para poder más; poder más para tener más; tener más para ser más feliz)² se ha revelado como un rotundo fracaso. Si bien el saber

1. A lo largo del trabajo, utilizamos *hombre* con el significado de su étimo latino *hominem*, ‘ser humano’, que incluye al varón y a la mujer.

2. Cf. López Quintás, A., “La degradación del espíritu europeo y la eclosión del conflicto”, en *El espíritu de Europa. Claves para una reevangelización*, Unión Editorial, Madrid, 2000, p. 31-36.

se ha democratizado (el acceso a la escuela y a las universidades se ha generalizado, y hoy día se puede obtener fácilmente todo tipo de información sobre cualquier tema o acontecimiento, incluso a veces en tiempo real por muy lejos que esté del receptor), el poder sobre personas y pueblos lo ostentan unos pocos (dictadores, partidos políticos, grupos de presión –los llamados lobbies–...) en detrimento de muchos. Para que unos tengan más, la injusticia, la miseria y la destrucción afecta a algunas capas de la sociedad y hasta a poblaciones enteras en extensas zonas del planeta. Lejos de encontrar la felicidad, el hombre de hoy se encuentra literalmente perdido, alienado en esta alocada carrera sin rumbo, intentando inútilmente encontrar la solución a las carencias y las desigualdades, con más desarrollo tecnológico y más exaltación de los sentidos, hedonismo y consumismo desenfrenados.

En este ambiente positivista y de ejercicio de un poder absoluto sobre todas las realidades de la tierra por parte del ser humano, sin otro referente ético que las leyes que él mismo se dicta, hasta el punto que, incluso, se ha erigido a sí mismo en juez capaz de decidir sobre la vida y la muerte de los más débiles, la religión se interpreta como enemiga del progreso, un ámbito oscuro y tenebroso de prohibiciones, un freno al deseo “natural” de disfrutar de los placeres, una traba a la libertad sin restricciones. El pensamiento líquido que impera en nuestra sociedad provoca una actitud de indiferencia ante la idea de Dios, cuando no de rechazo o animosidad. El hombre de hoy es más agnóstico que ateo. Ser ateo implica pensar en Dios aunque sea para negarlo, mientras que el agnosticismo prescinde totalmente, ni se detiene a reflexionar en él, no le interesa en absoluto.

Rechazo de Dios y nostalgia de trascendencia

Sin embargo, la realidad siempre acaba por imponerse: la vieja tentación del endiosamiento del ser humano (“Seréis como dioses”,

Gn 3,5)³, rechazar a Dios para ocupar él mismo su lugar, no es capaz de colmar las inquietudes e insatisfacciones que laten en lo más profundo de sí. Desencajado de su propia realidad de ser creado por un Ser superior que lo ama con la ternura de un padre, no consigue encontrar la respuesta a las grandes preguntas que, antes o después, acaba planteándose: ¿Cuál es el sentido de la vida?, ¿hasta dónde llegan las ilusiones y las esperanzas del hombre?, ¿dónde termina el amor? o, más bien, ¿puede tener fin el verdadero amor?, ¿el final de la vida es el vacío y la nada?, ¿la muerte es la destrucción total de lo que un hombre fue, de lo que amó, de lo que soñó?

El ser humano necesita encontrar la solución a sus interrogantes, sentido a su vida, al amor, al sufrimiento y a la muerte. Aunque, tal vez, no sea consciente de ello, necesita ser salvado.

El hombre sufre el drama de saberse finito, limitado, ineludiblemente sometido al dolor, la enfermedad, el deterioro y la muerte, y, al mismo tiempo, se experimenta como un ser carente de límites, in-finito.

Considerar que no existe nada ni nadie que trascienda al ser humano supone cercenar de raíz su natural tendencia a proyectarse al infinito y privarle de toda esperanza. En el dintel de una puerta del infierno de Dante está escrito: “Lasciate ogni speranza, voi ch’intrate”⁴. Este triste anuncio es la realidad de quien se niega la posibilidad de salir de sí mismo y abrirse a la trascendencia: queda condenado al vacío existencial. No es Dios quien lo condena (muy al contrario, el Hijo de Dios fue a la cruz por salvarlo), es el mismo hombre el que se arroja al insondable abismo de la soledad absoluta.

3. Respecto de la actitud del hombre que intenta, inútilmente, eliminar la verdad de sí mismo y erigirse en Dios, es muy interesante *Creación y pecado*, Cardinal Joseph Ratzinger, EUNSA, Pamplona, 2005.

4. “¡Oh vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!”.

A menudo, quien rechaza totalmente la fe experimenta una contradicción entre la idea del hombre tan reducida que se ha forjado y su propia experiencia de sentirse como un ser abierto al infinito. Esto le produce una gran angustia y una terrible desazón, que suele pretender resolver, no con reflexión y búsqueda de la verdad, sino con una fuerte dosis de hostilidad hacia todas las personas y realidades que viven su compromiso de fe. Esa animadversión no siempre tiene un componente agresivo, aunque sí acostumbra a ir teñida de un aire de superioridad moral e intelectual absolutamente injustificado y absurdo. Para no cuestionarse el sinsentido de su cerrazón y su empecinamiento en mantener una actitud incoherente con las evidencias, descalifica a quienes viven la gozosa tensión de sentirse vinculados al Creador.

Superar esa actitud materialista desalentada y desesperanzada y abrirse al Ser que confiere el sentido último a la existencia del hombre, al conjunto de la realidad y al curso de la historia parece hoy una tarea imposible. Por otra parte, como el Papa Francisco nos advierte, “a menudo sucede que la Iglesia es un recuerdo frío para el hombre de hoy, si no una ardiente decepción”⁵. Una advertencia que conviene tener en cuenta aunque no sea más que para no seguir cayendo en los mismos errores.

Los muros de incomunicación son muy altos y resulta, pues, muy difícil conseguir que ese hombre de nuestro tiempo dirija su mirada hacia Jesucristo. Y sin embargo, por naturaleza, el ser humano es religioso, es decir, de algún modo, aunque sea difusamente, no puede por menos de reconocer que hay algo más allá de sí mismo, de su propia vida, una realidad superior al hombre y a su mundo, un Absoluto que procura el bien total y definitivo.

5. Cf. Discurso a los participantes en un encuentro internacional sobre nueva evangelización, 21 de septiembre de 2019.